

Tres personalidades muy diferentes, representando ideas distintas y ocupando posiciones históricas muy diversas, tuvieron fundamental importancia en las relaciones que han tenido, la Santa Sede, y el Estado de Chile.

En efecto, durante la Presidencia de don Domingo Santa María, entre los años 1881 y 1886, Chile, o mejor dicho, El Presidente Santa María rompió relaciones con la Santa Sede. Era el Presidente un hijo de su siglo. El liberalismo individualista tan en boga, y el donaire triunfante con que las teorías voltairianas se paseaban por el mundo, habían quebrado las profundas raíces de respeto y humildad que involucran las creencias y prácticas religiosas.

Un concepto equivocado de la grandeza del hombre, trastocó durante decenas de años los valores, postergando aquellos eternos valores divinos que las civilizaciones cristianas han mantenido. La aceptación del desastroso individualismo, que yo no trepido en afirmar, que en el fondo es un desastroso egoísmo, que Descartes en la filosofía, Rousseau en la política y Lutero en el espíritu, habían sembrado, crearon al típico y casi proverbial "hombre liberal del Siglo XIX".

El pensamiento de poder superhumano que se imprimió entonces, al mundo en general, trajo un menosprecio explicable, pero nunca justificable, por todo lo religioso en particular.

Fiel representante de este tipo humano era don Domingo Santa María.

Hecho este alcance, no nos debe extrañar un deseo suyo de depurar la mente chilena, que provocó un estado de tirantez con la Iglesia. Santa María creyó su labor, y perdóneme la expresión, de desaznar al pueblo chileno de este opio intelectual que él estimaba que era la religión. Creó así dos grandes problemas, que lo llevaron a la ruptura con la Santa Sede: la institución de un matrimonio civil que él propició y que sufrió tenaz resistencia de parte de la Iglesia, por cuanto le destruía el carácter esencial de "sacramento" que éste tiene. Claro exponente de lo poco feliz de esta idea es el hecho monstruoso a que se llegó a fines del siglo pasado a un 50% de hijos naturales. Esto, unido a la creación de los cementerios laicos, problema que por conocido basta con enunciar, dieron toque final a la tirantez con la Iglesia de la que ya hemos hablado. Santa María fue excomulgado, y el Nuncio Monseñor del Fratre salió con su secretario Pietro Monti, indecorosamente expulsados, en medio de un ignominioso escándalo público, sin precedentes en la historia de Chile.

Las relaciones continuaron interrumpidas durante los presidentes Balma-
ceda y Jorge Montt.

Fue durante el gobierno de don Federico Errázuriz Echaurren, que inició las gestiones de restablecimiento don Rafael Errázuriz Urmeneta. Poco se conoce la personalidad de este hombre de nuestra historia, pero creo sin duda, que de los tres políticos que me ocupó ahora, es don Rafael el más completo de ellos.

De un catolicismo profundo, una inteligencia brillante, y una cultura poco común, el señor Errázuriz Urmeneta fue Senador de la República por el Partido Conservador, del cual fue sin duda uno de los hombres más notables. Ocupó además el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores con gran éxito.

Pero fue su gestión cumbre la que me voy a referir.

Estimaba don Rafael que era de urgente necesidad ese vínculo político-religioso nacional entre la Santa Sede y el Estado de Chile. Y por ello, en uno de los más laudables gestos que recuerda la historia republicana de nuestra Patria, se ofreció para ocupar el cargo de Ministro ante la Santa Sede *ad-honorem*. El Gobierno no gastó ni un céntimo, ya que el Señor Errázuriz montó todo, desde su suntuoso palacio que habitó en Roma, hasta los pasajes de él y su familia. Así solucionaba un problema gravísimo para el establecimiento de las relaciones mencionadas: la oposición que liberales y radicales hacían contra el pensamiento del Partido Conservador de reanudar el vínculo con el Vaticano, so pretexto de lo oneroso